ASOCIACIÓN ESPAÑOLA PARA EL PROGRESO DE LAS CIENCIAS

XVI CONGRESO

CELEBRADO EN

ZARAGOZA

1940

DURANTE LOS DÍAS 15 AL 21 DE DICIEMBRE DE 1940

DISCURSOS INAUGURALES DEL CONGRESO Y DE SUS SECCIONES Y VARIOS TRABAJOS DE ÉSTAS



DOMICILIO SOCIAL:
VALVERDE, 24 - TELÉF. 12529
MADRID

ANALES DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA PARA EL PROGRESO DE

LAS CIENCIAS

Revista trimestral.

REDACTOR JEFE: ILMO. SR. D. JOSÉ MARÍA TORROJA

Secretario general de la Asociación.

Redacción y Administración:

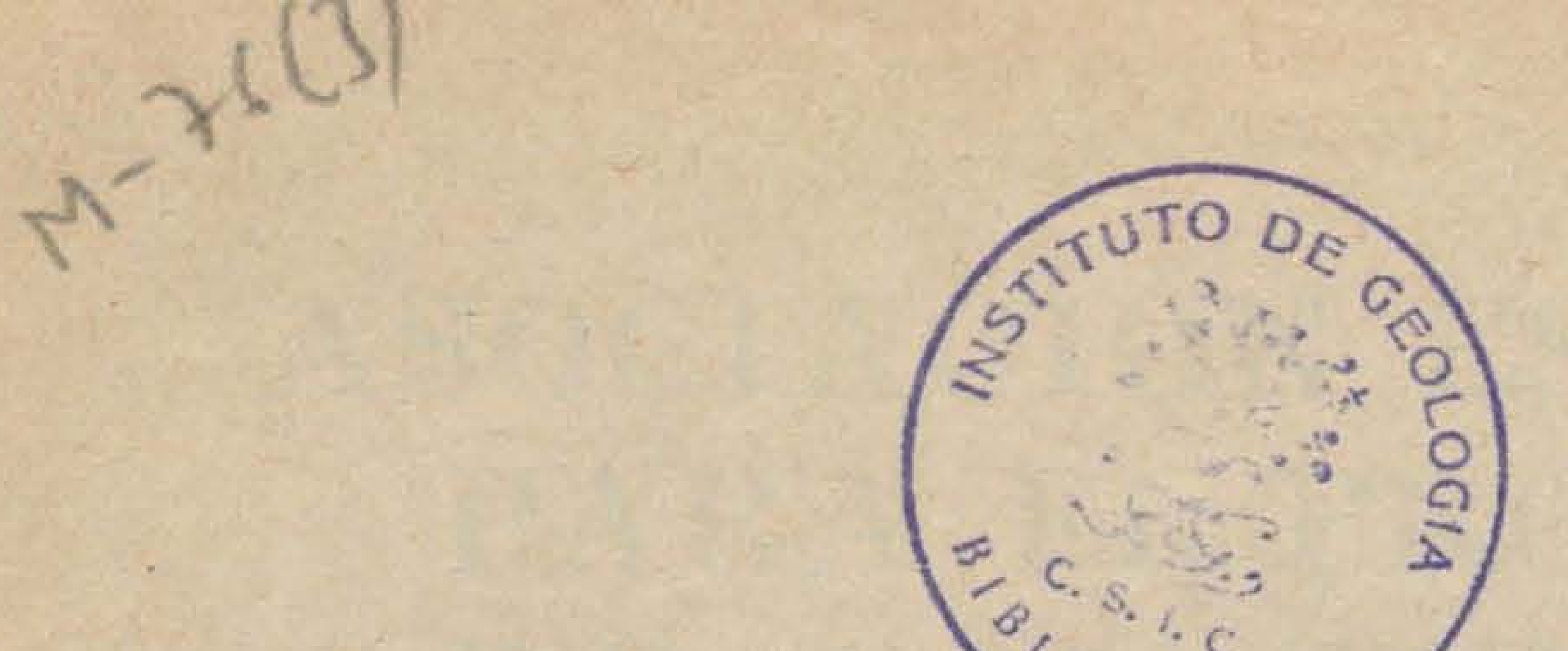
Academia de Ciencias Exactas, Valverde, 24, Madrid. Teléfono 12529.

Precio de suscripción anual: España, Portugal y América, 30 pesetas.

Restantes países: 40 pesetas   Número suelto: ocho pesetas.

NOTA.—Los autores de artículos publicados en esta Revista recibirán gratis, si lo han solicitado previamente, cincuenta ejemplares de tirada aparte; los que deseen mayor número, abonarán el exceso a precio de coste.

En la Sección Bibliográfica correspondiente se dará cuenta de las obras de que, al efecto, se nos envíen dos ejemplares.



ASOCIACIÓN ESPAÑOLA PARA
EL PROGRESO DE LAS CIENCIAS

XVI CONGRESO

ZARAGOZA
1940

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA PARA EL PROGRESO DE LAS CIENCIAS

XVI CONGRESO

CELEBRADO EN

ZARAGOZA

DURANTE LOS DÍAS 15 AL 21 DE DICIEMBRE DE 1940

DISCURSOS INAUGURALES DEL CONGRESO Y DE SUS SECCIONES Y VARIOS TRABAJOS DE ÉSTAS



DOMICILIO SOCIAL:
VALVERDE, 24 - TELÉF. 12529
MADRID

Al recoger en este tomo opiniones y criterios contradictorios del pensamiento humano, respondemos al deseo de difusión de ideas, pero sin reflejar por nuestra parte doctrina alguna, dada nuestra absoluta objetividad como Asociación.

(N. de la R.)

Imprenta Aldecoa. — Burgos 1.687

ÍNDICE

Págs.

Sección quinta: Ciencias Sociales

Sección sexta: Teología y Filosofía

Sección séptima: Historia y Filología

Sección octava: Medicina y Cirugía

Sección novena: Ingeniería y Arquitectura

LAS FUENTES DE LA VERDADERA LIBERTAD

Por el VIZCONDE DE EZA

Alors de vos erreurs voyant les tristes fruits.
Reconnaissez les coups que vous avez conduits.

DE MAISTRE

Ha celebrado Francia en este año el ciento cincuenta aniversario de la Declaración de los Derechos del Hombre. No puede decirse que los homenajes ni las solemnidades hayan sido muy extraordinarios, ni que hayan suscitado la menor conmoción ni entusiasmo. No sé si ello se debe a que podrá también decirse lo que Unamuno, cuando en un pueblo de Castilla se encontró con una calle titulada "De la Pobre Condesa", aludiendo a la estancia, en tiempos, en aquel lugar de la viuda de Don Álvaro de Luna; y habían sido tales los sufrimientos de esta dama, que el pueblo había plasmado su recuerdo en el nombre de una calle, poniéndola la denominación de "La Pobre Condesa". Vinieron los tiempos de libertad, y aquel ayuntamiento, como todos, se creyó obligado a cambiar el rótulo de la calle, y le pusieron el nombre de "Calle de la Libertad". Y decía Unamuno, cuyo ingenio es preciso reconocer, cuando volvió a pasar por esa aldea, una vez proclamada la República en España, que no sabía si transcurrirían muchos meses, pues seguramente no llegarían a años, sin que hubiera que poner a aquella calle el rótulo de "Calle de la Pobre Libertad". Por eso a mí se me antoja que si ahora hubiera que poner también algún epígrafe referente a la Declaración del 89, no sería injusto ni cruel hablar de "la pobre Declaración de los Derechos del Hombre"; porque ¿a dónde ha ido a parar? ¿A qué ha quedado reducida? ¿Cuál ha sido la viabilidad que ha tenido, ni la propia buena fe que han puesto en su censura, aplicación y desarrollo, a través del siglo XIX y lo que va del XX, sus más acérrimos y ardorosos partidarios?

Entre los homenajes rendidos al aniversario que ahora se ha con-

memorado, no podía faltar un libro de Eduardo Herriot, y, en efecto, lo ha publicado con el título *Aux Sources de la Liberté*. Esas fuentes no hay para qué decir que son las de la Revolución francesa.

Empieza por decir que ese aniversario interesa no sólo a Francia, sino a todos los países que, en la horrible crisis actual de la moral internacional, han conservado el culto de la libertad, y sólo en estos renglones salen al paso varias preguntas: ¿Hay algún país que no rinda culto a la libertad, o, por lo menos, que no lo diga? ¿Es que muchos de los que se llaman liberales y demócratas han rendido, en realidad, ese culto a la libertad? ¿Es que la crisis actual de la moral internacional no se debe en gran parte a la política seguida por los partidarios de aquella Declaración del 89? En suma, ¿no se debe, tal vez, el origen de la crisis a que el año 89 se acordaran de todo menos de proclamar la moral?

Dice Herriot que "los regímenes totalitarios, o, para emplear una palabra antigua que no ha perdido nada de su valor, los tiranos, han violado a mansalva el derecho de los individuos y de los pueblos, y han hecho más: han pervertido las almas". ¿Es que estas almas no están pervertidas en todos los países? ¿No es la Guerra Europea la que más ha contribuído a tamaña perversión? ¿Es que el problema moral se debe a los tiranos, o los tiranos han nacido porque existía la perversión moral?

Por eso, cuando luego dice que la conciencia del mundo está mala y que hay que procurar curarla, será bueno examinar el diagnóstico que hace de la enfermedad, porque para el plan de curación que se dicte hay que comenzar por conocer la enfermedad. Dice que un medio de iniciar esa cura será que la conciencia humana vuelva a los principios siempre vivos del evangelismo. Pero ¿qué quiere decir esto? ¿Qué evangelismo es ése? ¿El de la razón individual independiente y emancipada de todo freno, de toda guía y de todo dogma? ¿Es que también vamos a jugar con el vocablo de evangelismo en términos tan vagos que lo reduzcan, como ya lo es en la mayoría de los países, a una palabra vacía de sentido o a un tópico con el cual conviene jugar y manejarlo hábilmente para querer tomar de la religión católica aquello que nos hace comprender que, cuando nos falta, los pueblos no pueden vivir, pero tratar de arrebatarlo a la Iglesia Católica para ver si se puede prescindir de la existencia de ésta?

Dice que hoy todos los métodos de curación han de consistir en recordar a las sociedades modernas las grandes luchas sostenidas antaño por el propio pueblo francés para conquistar la libertad, enten-

diendo él que todos los esfuerzos pueden concordarse. Pero si en aquellas luchas antiguas en pro de la libertad paráramos mientes, es muy posible que tuviéramos que reconocer que es justamente lo que Herriot titula *Las fuentes de la Libertad,* lo que era una fuente envenenada.

Se atreve a asegurar que la Declaración de los Derechos aparece hoy, en nuestra época de terror, de cínica violencia y de barbarie, como un ideal. Pero ¿de dónde parte ese terror, ese cinismo y esa barbarie? ¿En qué consiste el ideal? ¿Nada más que en proclamar el famoso tríptico de la fraternidad, la igualdad y la libertad, negando, en orden a la libertad, la dignidad del hombre, como la niega el comunismo; en lo tocante a la fraternidad, sin basarla en aquella fraternidad que predicaba San Pablo, y, por lo que afecta a la igualdad, olvidando por completo que esta igualdad no puede ser otra que la que se base en la igualdad de origen y de destino, como fija el catolicismo? Preciso es empezar por saber en qué consiste el ideal que se quiere proclamar. Él mismo reconoce que aquellas matanzas de septiembre de 1792 no tienen excusa y originaron el horror en todos. Condena, de la manera más expresa, el terror. Cierto que la Revolución no es un bloque y que puede arrancarse de su historia a aquellos que proyectan sobre la misma sus pasiones; pero ¿es que no condujo al terror su falta absoluta de moral y de religión? ¿Es que se puede separar de la historia de la Revolución las páginas de aquellas matanzas y de aquellos meses de terror? ¿Se hubieran engendrado éstos, ni hubieran tenido fundamento, de no apoyarse en las pasiones desenfrenadas, precisamente porque no se proclamó ningún freno capaz de contenerlas? ¿Dónde estaba el ideal? Ocurrió entonces como ocurre siempre y ha ocurrido en España el año 36: carecían de toda autoridad moral para predicar quietud, sosiego y resignación al pueblo aquellos que tuvieron muy buen cuidado en halagar sus pasiones y darlas plena libertad con todo desenfreno. La pendiente es siempre la misma; la caída, inevitable. La consecuencia no puede ser más que la fué y la que ha sido ahora.

Se le escapan frases sinceras y espontáneas cuando va hablando de las libertades que entonces se consiguieron, y reconoce que se quiere la libertad para sí, pero se le niega al adversario. Este principio, si se ha proclamado el año 89 o practicado, hay que reconocer que no es ni muy moral ni muy idealista. La Revolución no ha resuelto este problema, que sigue planteado en la Francia de 1939: conciliar una indispensable libertad de principios con la protección de las personas y de la verdad. De suerte que, ni el año 89 ni en todo el tiempo transcurrido, que son nada menos que ciento cincuenta años, se ha conseguido conci-

liar aquello sin cuya conciliación no hay vida ciudadana ni política posible.

Están muy bien ciertas frases, como la de que "los grandes no nos parecen grandes sino porque nosotros estamos de rodillas; levantémonos", frase muy de revolución, de tribuna o, como se diría ahora, de *meeting;* pero que no ha contribuído lo más mínimo a que aquellos que, no queriendo estar de rodillas, se han puesto de pie, se hayan hecho más grandes. No diré yo que los llamados a ser grandes sepan en todos los casos mantener su grandeza y cumplir con los inmensos deberes que esa grandeza les impone. Lo que digo es que la Revolución ha podido quitar la grandeza a unos, pero no se la ha dado a aquellos en cuyo favor la Revolución se hizo.

De ese orden es la frase de Ravot: "No es la tolerancia lo que yo reclamo, sino la libertad. La tolerancia pido que sea proscrita, y lo será, como palabra injusta que no nos presenta sino como ciudadanos dignos de piedad, como culpables a los cuales se perdona." Herriot gusta de copiar en su libro estas fraces, que tienen mucho de seductoras porque hablan a la emoción, más que al raciocinio; pero ni la Revolución francesa fué tolerante, ni consintió la menor libertad en el orden religioso y de cultos, ni esos ciudadanos que no consienten que se les trate con piedad ni que se les perdone, supieron a su vez perdonar y tratar con piedad a todo el que cometía el grave pecado de llevar en el alma un sentimiento religioso.

La de Gregoire tampoco es para olvidada: "La historia de los reyes es el martirologio de los pueblos." No sé si podría decirse lo contrario, que la historia de los pueblos es el martirologio de los reyes; pero, desde luego, a poco que la Historia se conozca, da en ojos la injusticia de decir que los reyes han maltratado y martirizado a los pueblos, porque en la época de la verdadera monarquía, que no digo yo que sea la de los siglos XVII y XVIII, sino cuando la monarquía estaba, como toda institución humana y política, en su origen y en sus primeros siglos, es evidente que los reyes eran los primeros patronos y protectores de los pueblos. Pero ¿es que—y tal es mi argumento—no puede decirse que la historia de los demagogos, de los tribunos, de los parlamentarios del siglo XIX, en lo que la palabra pueda tener de censura para todos aquellos que abrazaron y pervirtieron el régimen parlamentario, no contribuyó, en medida mucho mayor que los reyes, a hacer mártires a los pueblos? Pues si los legisladores del año 89 hubieran hecho felices a los pueblos, ¿hubieran tenido éstos que emanciparse de los políticos en el siglo XIX y en el curso del XX, yendo a las doctrinas

extremas del socialismo y del comunismo y renegando de la política para plantear todas las cuestiones en el orden y en el terreno social? ¿Quién es aquí el mártir y quién es el martirizador? En aquella época fué nada menos que Voltaire el que se mostraba hostil a los israelitas, diciendo que la nación judía era la más despreciable a los ojos de la política. ¿Entraba esto también en la tolerancia, en el ideal de libertad?

Se fija mucho Herriot en lo que afecta a la tierra, declarando que a partir de entonces existía en Francia una democracia rural por la supresión de los abusos y de los privilegios y por la distribución que de la propiedad se hizo, para que pasara a manos de la clase campesina. Ésta constituye hoy el muro más firme de la República. Pero será bien decir que se hizo sobre la base de la injusticia, sin indemnización y transfiriendo al tenedor de la tierra la propiedad libre y absoluta. Fué la revolución, según Herriot, más radical que se ha visto en Francia desde hace mil años; pero se basó en una expoliación para con el antiguo dueño y en un robo para con el Estado, puesto que se pagó con los "asignados", que no valían nada. Esto no lo dice Herriot; pero conviene tenerlo muy presente. Herriot sí confiesa que los agiotistas intervinieron en todo este reparto de los bienes, aprovechándose de los embarazos del Tesoro, que exigía pagos inmediatos, y da como excusa que la ley no pudo impedir a los industriales, a los negociantes e incluso a ciertos diputados acaparar los dominios nacionales más considerables, o a especuladores comprar en grande para revender al detalle a los campesinos. De modo que va a resultar que todas estas operaciones no fueron sino un latrocinio, organizado de arriba abajo, y en el cual iban todos a ver quién engañaba a quién: el Estado, a los antiguos dueños; los campesinos, con su codicia, a hacerse propietarios de aquello que no les pertenecía; y los especuladores, que, aprovechando la codicia de todos, fueron los que, en definitiva, hicieron el negocio. ¿Es esto un ideal? ¿Es esto una libertad? ¿Es esto una emancipación?

Habla de la tortura, y afirma que será siempre el honor de la Constituyente haber puesto fin a aquellos odiosos procedimientos criminales. Hasta cita a La Bruyère, y cuando Herriot cree que a la Constituyente se deben los principios de que el acusado debe ser presumido inocente hasta que se le condene, la abolición de la tortura, la publicidad de los procedimientos, el derecho del acusado de nombrar un defensor y la supresión de los suplicios, se me ocurre a mí preguntar: Y Rusia, y los rojos en Madrid, ¿han tenido en cuenta y han practicado todas estas conquistas del año 89 o de la época de los constituyentes? ¿Se puede

hoy hablar de las fuentes de la libertad y proclamar como herederos y únicos usufructuarios de las aguas que de esas prístinas fuentes se derivan, a los que se llaman demócratas y que han hecho la revolución en Rusia y que han querido ganarla en Madrid y en España? Pero ¿es que monsieur Herriot olvida el mundo en que vive, porque se traslada al siglo XVIII y desconoce lo que pasa en su época y en derredor suyo, o es que cree que somos los demás tan inocentes que podemos darnos por convencidos cuando él dice que la tortura se ha abolido por completo y que hoy eso es patrimonio de los tiranos, y no se da cuenta de que son precisamente los tiranos aquellos a quienes él de una manera más o menos directa está protegiendo?

Y lo curioso es que, para demostrar Herriot todas las invenciones, todos los adelantos de que somos deudores a la revolución, va haciendo pequeñas biografías de las personas más salientes en las diversas ramas del saber en aquella época, y da la pícara casualidad de que el final de todas las biografías es el mismo, a saber: "Sufrió por sus ideas; fué hecho preso y subió al cadalso." Esto dice de Pin, esto no tiene más remedio que reconocerlo de Condorcet, etc., etc. Y sigue mi pregunta en pie, sin contestación a través de las páginas de este libro: ¿Murieron estos sabios después de haberse sacrificado, algunos con una notoria buena fe, por la Revolución, sostenida, amparada por esas mismas libertades, o fueron las primeras víctimas de la carencia absoluta de libertad en aquella época?

Herriot declara que la Constituyente fué demasiado lejos en el exceso de su liberalismo, y véase lo especioso de su argumento: de este hecho, para luchar contra la anarquía, la revolución tuvo que crear los comités de vigilancia y los agentes nacionales. El terror nació de la ausencia de un gobierno regular. ¡Pues sí que fué un éxito de la Revolución! ¿Es esto lo que se apetece y se desea para los pueblos actualmente, la ausencia de un gobierno regular, la anarquía y el terror, como su consecuencia inmediata, que fatal e ineludiblemente tiene que conducir a la dictadura?

Habla del derecho de todo hombre al sustento y de la proclamación del derecho de todo hombre al trabajo y a la vida; pero no puede dejar de reconocer que la Constituyente negó el derecho de asociarse a los obreros y que fueron los burgueses y los campesinos los que más se aprovecharon de la obra revolucionaria.

La Revolución francesa es individualista y no piensa sino en el individuo. A éste únicamente quiso liberar, y por eso la Revolución es culpable—y esto no lo dice Herriot, pero lo digo yo—de todas las

consecuencias posteriores a ese individualismo exagerado; pues que, emancipado el obrero en lo económico, declarado después soberano en lo político con el sufragio universal, es lógico, fatalmente ineludible —y nosotros, si hubiéramos sido obreros en aquella época, hubiéramos hecho lo mismo—, que haya tenido que protestar de la obra de la Revolución francesa, considerarla deficiente e incapaz de hacer su felicidad, y que haya tomado de ella lo que representaba emancipación ciudadana, para llevarlo a las últimas consecuencias, o sea, a la proclamación de la soberanía económica, no del ciudadano, sino del obrero.

En el orden militar y de las relaciones exteriores, reconoce que la Convención olvidó la doctrina del año 91 y practicó una política de conquista a partir de 1793, lo cual llevó indefectiblemente a la declaración del Imperio de Napoleón. Tampoco creo que esto sería, para ningún buen liberal, ni una doctrina, ni una redención, ni un ideal.

Trata de la instrucción, pues va en cada capítulo estudiando uno de los llamados progresos civilizadores. Toma como guía a Condorcet, al cual proclama como el guía ilustrado de la Revolución, y, en efecto, mucho tiene que leer cuanto Condorcet escribió a la sazón. Los revolucionarios entendieron tan bien todas las predicaciones de Condorcet, que le mataron, no en la guillotina, como a tantos otros, sino poniéndole en condiciones de tenerse él que suicidar. Pero ya que de la instrucción habla, Herriot no puede menos de declarar que no quiere menospreciar los esfuerzos del antiguo régimen, ni los primeros resultados obtenidos en el siglo XVIII bajo el impulso de los filósofos, o también bajo la iniciativa del clero. La confesión es de primer orden en labios de un radicalsocialista como Herriot. Y añade: "Los Hermanos de la Doctrina Cristiana han prestado los más grandes servicios." Luego, si la instrucción lo es todo para los revolucionarios del 89, y se encuentran con que ya el antiguo régimen había dado toda la importancia que tenía a esa instrucción y contaba con elementos valiosos para desenvolverla y hacerla llegar al pueblo, ¿no cometió una injusticia, contraria a todo ideal de imparcialidad y de buena fe, impidiendo la Revolución que esos elementos continuaran realizando su obra, no más sino porque predicaban una idea religiosa? ¿Quién fué entonces el verdadero liberal? ¿Quién hizo a esos Hermanos de la Doctrina Cristiana y a todos los demás factores que habían planteado esa obra educativa, que el propio Herriot reconoce, o los perseguidos, o las víctimas; a esos Hermanos de la Doctrina Cristiana, que siempre en Francia, con frase más de cariño que de broma, se les ha llamado los *ignorantins*? No es cierto que la Revolución haya hecho del problema de la instruc-

ción un problema nacional, planteando los grandes principios del laicismo, de la obligación y de la gratuidad. Desde el momento que se reconoce que ya los jalones de la instrucción pública se habían planteado en el antiguo régimen, lo que ha hecho la Revolución ha sido plantear, no un problema nacional, sino un problema político de partido, y no le ha guiado, en toda la obra de la instrucción del siglo XIX, otra mira que la de colocar a la enseñanza religiosa en formas de exageración, de verdadera intransigencia total, opuesta a esos principios liberales que tan pomposamente se reclaman. Y hay derecho a decir que, si desde el primer momento se hubiera contado con la obra religiosa y con el auxilio y apoyo que ella puede dar a la instrucción del pueblo en términos de concordia y sincera fraternidad, otra hubiera sido la labor pedagógica del siglo XIX y no se hubiera llegado a los extremos de barbarie y salvajismo que todos tenemos hoy, en la época moderna, que padecer. Eso hubiera sido ser liberal; lo demás no es otra cosa que haberse acreditado de sectario.

Trata de la expansión de la ciencia y dedica párrafos entusiastas a Francisco José Lanz. Pues bien, a Lanz fué el terror lionés el que le hizo perecer bajo la guillotina; a pesar de que, para Jaurés, como para Michelet, hay que proclamarlo como uno de los primeros socialistas modernos. ¿Qué dirán a esto los socialistas contemporáneos nuestros? También cita a Silvano Bailly, con su *Historia de la Astronomía* y sus *Cartas sobre el origen de las Ciencias*. Pues bien, lacónicamente dice Herriot: "Fué guillotinado." Parece como si fuera una causa de persecución el despuntar en algo, el descollar como hombre de *élite*, que pudiera servir a esa revolución tan decantada.

No podía Herriot dejar de emplear la palabra, hoy tan de moda, "dinamismo", y tenía que hablarnos del dinamismo de la libertad. No es dinamismo, ciertamente, el de Inglaterra, pero hay que reconocer —es Herriot el que lo reconoce—que, mientras los franceses vilipendiaban a su gobierno, detestaban a su clero, odiaban a su nobleza y se rebelaban contra sus leyes, el inglés estaba orgulloso de su religión, de su Constitución, de su rey, de su aristocracia y de su Cámara de los Lores. Ahora bien; ¿cuál de los dos países es más liberal? ¿Cuál tiene más consolidados los principios liberales? ¿Cuál merece, en el orden de constitución interna de un pueblo, más lícitamente ser llamado defensor de todo aquello que afecta a la personalidad humana como derechos inherentes a la dignidad de cada uno? ¿Dónde está, pues, el dinamismo?: ¿en la revolución social que la Revolución ha engendrado, a pesar de ella misma y sin pretenderlo, pero como conse-

cuencia fatal de sus propios principios? Esa revolución social ¿ha traído bienes a la humanidad en los ciento cincuenta años que ahora festejamos? ¿Ha dado soluciones para esa revolución social que ella misma ha engendrado? ¿Dónde están? ¿Por qué no se practican? ¿Por qué no se ponen en aplicación en todos los países? ¿Por qué Francia sigue sin encontrar solución a esa incompatibilidad que dentro de su ser existe entre el principio de orden, de ley, de estabilidad, que la nación lleva siempre dentro de sí desde los tiempos de los Clodoveos y de los Carlomagnos, y esas doctrinas de radicales-socialistas y de bloques modernos, que no tienen ni el valor siquiera de decir que se unen a los comunistas para destruir la unidad de la patria francesa? ¿Es eso dinamismo, o lo serán los excesos que el propio Herriot reconoce y que han hecho surgir o estimular el fascismo, así como antes habían traído la intervención de Bonaparte? ¿Es tan cierto que el fascismo y el hitlerismo sean hoy los dos adversarios unidos contra el espíritu de libertad? ¿De qué libertad? ¿De la anarquía? ¿De la de la orgía social y política? ¿No dicen los mismos franceses hoy, sobre las responsabilidades del marxismo, que ese marxismo es el que ha engendrado a los otros tiranos? ¿Cómo puede hoy hablarse de las fuentes de la libertad, ni de que ellas se conservan puras y cristalinas y que en sus aguas hayan ido a beber los pueblos inocentes y paradisíacos que constituyen las democracias modernas?

Y es el colmo que, con tal de atacar a los supuestos dictadores modernos, Herriot se apoye en las declaraciones de Pío XI y en las notas oficiales de *L'Osservatore Romano*. Dice que el Evangelio y sus representantes unen sus esfuerzos a los de la Filosofía; pero, por lo visto, lo que Herriot ignora, o tiene el buen humor de disimular, es que justamente esa filosofía, que ha querido basarse sobre la destrucción del Evangelio, es la que tiene condenada la Iglesia. Lo que le ocurrió al Papa Pío XI, como a todos sus antecesores y sus venerados sucesores, es que no incurren nunca en ninguna contradicción: siempre han formulado la misma doctrina, la verdadera libertad, la libertad que el dogma y la doctrina católica tienen proclamada; mientras que estos políticos, que cada día lanzan un programa, según la conveniencia del momento y su juego político de actualidad, un día están en contra del Evangelio y el siguiente lo declaran como el código más sublime si en aquel instante les conviene, para sus fines, apoyarse en él. Pero en el Evangelio no se puede apoyar más que la propia religión que lo interpreta y lo defiende, y esta religión, que condena en la dictadura lo que haya de condenable, sin adular ni lisonjear a ninguno de los

tiranos y advirtiéndoles sus errores si a ello ha lugar, no puede tampoco sentirse halagada cuando un político como monsieur Herriot quiera, sonriente y benévolo, marchar de acuerdo con ella para sus fines políticos.

Es verdad que lo mismo se apoya en Roosevelt. La cuestión es buscar algún apoyo, porque indudablemente no se puede sostener por sí mismo derecho ese liberalismo.

La salvación del mundo y la preservación de la paz son, ciertamente, problemas morales, mucho más que problemas políticos, y para que ellos sean salvos, que cada cual comience por hacer la luz en sí mismo, que compare, y que, después de haber comparado, se decida, y que, después de haberse decidido, permanezca fiel, con intransigencia, a su fe. Quisiéramos esperar que el llamamiento a los principios y a la obra de la Revolución francesa pueda contribuir a aumentar el número o a robustecer la convicción de los defensores del derecho humano y de la libertad. Pero como colofón yo tengo que decir que no se defiende ese derecho humano y esa libertad con el comunismo, ni con los coqueteos que con él se tengan, y que el derecho humano y la libertad han precisamente comenzado a verse atropellados desde que se proclamaron los principios filosóficos, primero, y luego políticos, de la revolución de 1789.

No puede, por consiguiente, monsieur Herriot decir que allí están las fuentes de la libertad y que allí hay que ir para aprender lo que esta libertad pueda ser, y para aprender también a practicarla, porque la libertad existió mucho antes que la revolución del 89; lo que hizo entonces fué falsearse y adulterarse, porque se le negó su único fundamento, que es el reconocimiento de la dignidad del hombre, basada en la proclamación de su origen y su destino divinos (1).

---

(1) DE MAISTRE, *Consideraciones sobre la Francia*: "Muchos sabios franceses fueron los principales autores de la revolución. La quisieron y favorecieron mientras sólo abatió las cabezas dominantes. Decían: "Es imposible que una gran revolución se opere sin ocasionar desgracias." Para consolarse, añadían: "Pasemos por cien mil muertos, con tal de que seamos libres." Y la Providencia contesta: "Acepto vuestra aprobación, pero seréis de ese número." Entonces protestan, sin darse cuenta de que: "Alors, de vos erreurs voyant les tristes fruits. Reconnaissez les coups que vous avez conduits".